



I

Todos los días, al regresar de jugar, Amaro encontraba a su abuelo sentado, mirando atentamente la montaña cercana. Sus ojos, agrisados por el tiempo, parecían esperar algo mientras la tarde lo arropaba lentamente con el manto colorido del crepúsculo.

—¿Qué miras con tanta atención, abuelito? —preguntó finalmente un día.

—Espero una señal, un mensaje —contestó el anciano.

—¿Y se puede saber de quién?

—De la montaña, hijo. En realidad, espero develar un misterio. Lo mencioné alguna vez pero nadie me creyó. Una vez al año, al anochecer, más o menos por esta época, la montaña parece despedir un cierto resplandor. Por momentos hasta parece titilar como una estrella.

—¿Titilar...?

—Sí. Si te fijas bien, verás que cada estrella parpadea y nos hace guiños con su luz..., titila..., y eso mismo parece hacer nuestra montaña. Es como si tuviera una luz con la que nos llama. Y este año veo que titila más, que por momentos tiene un cierto brillo que no he visto antes... Yo creo que quiere decirnos algo... Quizás esté conmovida porque nuestros campos están tristes y sedientos... No sé, pero de titilar, titila.

Estoy seguro de que allí hay un misterio, un mensaje, algo... ¡Si tan solo pudiera llegar hasta sus faldas!, pero ya no me ayudan las piernas... ya no tienen la fuerza de tus once años, hijo.

«¡Oh, asu...! Creo que yo también quiero saber qué sucede allí», pensó el chiquillo.

Y esa noche, al igual que su abuelo, se quedó dormido, pensando en la montaña.

Por la mañana, lo primero que hizo fue mirarla. Casi sin notarlo, como atraído por un imán, Amaro dirigió sus pasos hacia ella seguido por Poncho, su perro inseparable. Jugando como todos los días, saltaron sobre las cercas, hicieron carreras y dieron vueltas interminables entre los matorrales. Era el jolgorio cotidiano de amo y perro, corriendo a través de los campos.

—Anda, Puras Lanas, tráelo, tráelo —gritaba el chiquillo mientras lanzaba lejos un palo. Poncho entonces se transformaba en un artista: Corría alegremente, lo recogía al vuelo y, con el palo en el hocico, se daba tres vueltas en el aire mientras Amaro se doblaba de risa.

—Ja, ja..., serías un éxito en el circo que trae don Federico cada año. Y mira cómo espantas a las vizcachas, ja, ja... No huyas, cobarde..., ja, ja, ja.

Así, esa mañana, jugando con su perro y haciendo toda clase de piruetas, llegó al río que discurría al pie de aquella cumbre imponente. Miró el hilo de agua que a duras penas se abría paso entre las piedras y suspiró.

—Ojalá fueras un río de verdad todo el año, para que los campos y la gente estuvieran siempre alegres.

Ese año no habían llegado las lluvias, en realidad no siempre llegaban como todos esperaban y los campos sedientos se marchitaban sin remedio. Después, a veces, alguna helada

terminaba de afectarlos. Justamente en esos días que se había adelantado el invierno y abatía implacable todo el valle, el pueblo se preguntaba cómo salvar sus cosechas. Como un cuchillo afilado, el frío cortaba ya el aire y sus esperanzas.

Por un momento Amaro se detuvo a observar la montaña. «¡Qué alta! ¡Llega hasta más allá de las nubes! ¿Qué habrá allá arriba? ¿Por qué titila?», se preguntó.

De repente, sintió un sobresalto. «¿Será algo peligroso, algún hechizo oscuro que nos amenaza?». En su pueblo se decían tantas cosas sobre extrañas apariciones que en las noches espantaban a los viajeros por los caminos. Se contaba que algunos habían llegado al pueblo echando espuma por la boca y jurando que un bulto oscuro los había perseguido. Quizás esos seres malévolos se habían apoderado de las alturas.

Pero no, eso no podía ser. Se trataba de algo que daba alguna luz, que resplandecía. «¿Y si arriba solo hay una estrella escondida, una estrella que se cayó y le gustó el lugar y desde allí manda mensajes a sus hermanas?». Se estremeció de satisfacción con sus propios pensamientos. «Una estrella, sí; esa debe de ser la respuesta, tengo que verla, quizás llevarla a casa, para que también la vea el abuelo».



II

Alegre, empezó a recoger piedras y a colocarlas una encima de la otra. Esa era la costumbre de su pueblo, la piedra sobre la piedra. Un regalo para la tierra.

Durante unos minutos esperó inmóvil, mirando hacia aquella cumbre que, envuelta en una nube, parecía ahora aún más misteriosa e inalcanzable. Pero nada, no recibió ninguna señal, ninguna respuesta.

Movió la cabeza pensativo. ¿Qué más podía hacer para llamar la atención de la montaña? Cogió una piedrecilla y la lanzó lo más alto que pudo. Luego cogió otra y otra, y terminó lanzándolas en diferentes direcciones, esforzándose por hacerlas llegar cada vez a mayor altura, mientras Poncho ladraba y saltaba queriendo alcanzarlas. Pero tampoco pasó nada.

Al fin, impaciente, Amaro gritó a todo pulmón, como queriendo que lo escuchen las mismas entrañas de la tierra.

—¡Anda, despierta, contéstame, montaña. Déjame conocer tu secreto. Voy a subir hasta tu cima para descubrirlo. Por favor, ¡ábreme el caminooo!

Entonces, un ruido sordo quebró el silencio y la tierra rugió y tembló; primero ligeramente, y luego con fuerza, bajo sus pies.

Una nube de polvo se extendió sobre las faldas del inmenso cerro, y envolvió al muchacho y al perro.

—¡Cof, cof! —tosió cubriéndose y abanicándose la cara con las manos—. O es un temblor o realmente me has contestado, montaña. Y yo creo que me has contestado, estoy seguro. ¡Espera que le cuente al abuelo que el espíritu de la montaña, me ha respondido...!

Entusiasmado, Amaro dio algunas vueltas buscando una ruta de subida. Era seguro que si aquella montaña le había contestado, entonces también le habría abierto el sendero hacia la cumbre. El asunto, simplemente, era encontrarlo.

Feliz, imaginando el ascenso como su mayor aventura, volvió a mirar el hilo de agua del cauce exhausto y, como en los mejores días de primavera, imaginó que el murmullo de aquel río semiseco era el canto de un torrente.

Alegre, brincó y danzó sobre las piedras, imitando a las aguas saltarinas. Le brillaban los ojos mientras giraba con los brazos abiertos cuando, de pronto, el bolso que llevaba al hombro salió disparado y cayó al río.

—¡Oh! ¡Tráelo, Poncho, anda, tráelo, tráelo! —dijo mientras corría para alcanzar el bolso que se deslizaba entre las piedras.

No pudo decir más. Un golpe con la rama de un árbol cortó su carrera por la ribera y lo lanzó hacia el centro de aquel lecho de agua escasa. Súbitamente, el hilo de agua se convirtió en una corriente encrespada, caudalosa. Amaro solo alcanzó a ver a Poncho, que luchaba con aquella marejada, y a percibir que el día se volvía noche mientras caía en el vértigo de las aguas y un remolino arrastraba su pequeño cuerpo desmayado.

Sacudido por la furia de aquel rugiente túnel de agua, Amaro despertó de golpe y se encontró girando en medio de

una turbulencia de pesadilla. Parecía que el mundo estaba a punto de estallar.

Asustado, vio cómo el cielo, los árboles, las piedras y su fiel Poncho giraban a gran velocidad, y comprendió el peligro en que se hallaban. Intentó nadar desesperadamente hacia la orilla, pero las aguas lo envolvieron. Y así siguió luchando, buscando algo a qué aferrarse, hasta que la fuerza del torrente lo atrapó sin remedio y, nuevamente, perdió la conciencia.

En ese instante el remolino se tornó más intenso, y una especie de relámpago traspasó el centro de aquel vértigo de agua. Entonces, la correntada lo levantó como en la cresta de una ola inesperada y luego hundió y arrastró el desmadejado cuerpo del niño hasta el fondo del río, lanzándolo hacia una cueva subterránea.

III

Sobre las húmedas rocas de aquella caverna, quedó Amaro desmayado durante mucho tiempo. Junto a él, Poncho, el Puras Lanas, parecía un peluche abandonado.

Al fin, empapado y semiinconsciente, sintió que una brisa cálida y ligera le acariciaba la frente. Todavía con la mente nublada, siguió quieto, sin movimiento, deseando que aquella brisa delicada continuara rozando su piel entumecida. Ni siquiera se preguntó qué sucedía. Poco a poco, su memoria se fue despejando y de pronto recordó el remolino.

«¡El torrente, el agua furiosa que apareció no sé cómo...! ¡Me arrastró!».

Abrió los ojos asustado y se sentó de golpe. Miró la cueva y se sintió atrapado entre las fauces de una fiera.

Un pequeño gemido lo distrajo del susto. También Poncho empezaba a despertarse.

—Ya, ya, amigo —lo calmó con palmaditas en el lomo—. Tranquilo, al menos estamos vivos y juntos.

Su mascota respondió con una sacudida completa y unas cuantas lamidas. «Sí, qué bueno que estamos juntos», pensó el chiquillo estremeciéndose.

Lentamente, como quien toma previsiones frente a cualquier sorpresa, fue girando la cabeza y observando asombrado aquel lugar.

El agua reflejaba una luz que no lograba ver de dónde provenía. Observó que la mitad de la caverna era una laguna brillante, y se preguntó cómo esas aguas tranquilas se habían podido convertir en aquel remolino furioso que los había arrastrado hasta allí.

—No, no puede ser, debo haberlo soñado. Recuerdo que me di un golpe... Sí, eso es, me caí al agua y debo haber atravesado la roca por alguna abertura a esta cueva... todo está tan confuso —dijo en voz alta.

«Tan confuso... tan confuso...», repitió el eco. Amaro dio un sobresalto, asustado.

